

REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS ARGENTINA(*)

MAYO, TRADICION DE LIBERTAD

El espíritu de mayo es el fiel reflejo de los ideales que inspiraron a nuestros próceres y que ellos sirvieron con abnegación y sacrificio.

Mayo, definido por Echeverría, es emancipación y progreso por medio de la democracia en actividad, desarrollada de acuerdo con nuestras peculiares condiciones de existencia como Nación.

Antimayo es la conspiración retrógrada, iniciada el mismo día que nace el país a la vida independiente y que se manifiesta activa toda vez que se presentan condiciones favorables para la instauración del despotismo.

Mayo es tradición de libertad y democracia; tradición a la que el primer dictador negó legitimidad y el segundo procuró hacerla olvidar. Ella es tan fuerte entre los argentinos, que se mantiene viva en el corazón del pueblo no obstante el aporte inmigratorio, y a pesar, también, de quienes niegan a Mayo esencias revolucionarias y populares y se empeñan en disminuir la grandeza de nuestros próceres, señalándoles humanas imperfecciones que el tiempo borra, conservando, en cambio, el recuerdo de su lealtad a la causa patriótica que

(*) Palabras pronunciadas por el Rector de la Universidad Nacional del Litoral en el acto organizado por ASCUA en homenaje a Sarmiento el 11 de setiembre del presente año, con motivo de cumplirse el 71º aniversario de la muerte del prócer .

sirvieron con pasión, inteligencia y generosidad. Vano intento que a la postre sirve más bien para exaltar su culto, especialmente de Sarmiento, el más combatido.

El régimen dictatorial que abatió la Revolución Libertadora, buscó afianzarse instaurando una nueva era —la era de la “Nueva Argentina”— en oposición a todo lo más estimable de la tradición nacional. Y como no podía negar ni anular los hechos históricos sobresalientes, se los apropió utilizándolos cuando así convino a sus fines, o los empequeñeció relegándolos a lo anecdótico, o simplemente desconoció su significado de auténtica fuente de la Argentinidad. Sabemos los recursos demagógicos de que se valió para captar la voluntad de un pueblo muchas veces defraudado, atrayéndolo con la mágica invocación de la “justicia social” que encontró eco en las masas desesperanzadas. La elevación apreciable de los sueldos y salarios y la persecución, en muchos casos sistemática, a los empleadores no adictos al dictador, atrajo la simpatía de las masas obreras en favor del régimen que, además, las halagó con dádivas y prebendas difundiendo un falso optimismo. Paulatinamente se fue relajando el orden y disciplina en el trabajo, el sentido de responsabilidad, el deseo de superación y perfeccionamiento, para ser sustituidos por el hábito al menor esfuerzo, el sensualismo y el sometimiento a los dictados de los agentes del régimen que desalentaban a quienes no se mostraban conformes.

Los resultados de esa política demagógica y disolvente que hoy sufrimos y las dificultades con que tropiezan los intentos de restablecer en el país la paz social y el trabajo productivo, constituyen una aleccionadora experiencia. Ella nos dice que las necesarias mejoras a los trabajadores son efímeras e inconsistentes si no se apoyan en un sabio ordenamiento de la economía con vistas al bienestar general y no sólo de un sector determinado. También nos indica lo imprescindible que es la educación política para el desarrollo de una democracia. Para que la libertad sea una realidad, señalaba Alberdi, es necesario dar al pueblo la inteligencia y educación del gobier-

no de sí mismo, porque ser libre es gobernarse a sí mismo. "Cada hombre es su propio soberano y su propio súbdito; el que no sabe obedecerse a sí mismo, mal puede saberse gobernar a sí mismo. Puede decir que tiene la sedición en su persona. Cada hombre lleva en la constitución de su individuo toda la constitución de su país" (1).

LA INSTRUCCION DEL PUEBLO

Desde los albores de la emancipación nuestros prohombres se interesaron por la instrucción del pueblo y se esforzaron en fomentarla porque abrigaban la convicción de que solamente por la difusión de la cultura puede afianzarse el progreso de la sociedad y preservarse la libertad. Recordemos la pasión de Belgrano por la educación pública, sus fecundas iniciativas y claros conceptos en la materia; el fervor de Moreno por la democracia que no la concebía sin la difusión de la cultura, porque sólo mediante la educación puede alcanzar el ciudadano el grado de capacidad necesario para el consciente y correcto ejercicio de sus derechos. La acción inteligente y fecunda cumplida por Rivadavia desde el Gobierno, y el concepto esclarecedor de Echeverría y los hombres de la Asociación de Mayo que sentaron las bases para nuestra definitiva organización nacional.

En este empeño se destaca también, inconfundible, la figura de Sarmiento, que observando el atraso cultural del pueblo señalaba la necesidad de "educar al soberano", porque los derechos políticos —decía— se han anticipado a la preparación intelectual que el uso de tales derechos supone. Y porque si la educación no prepara a las venideras generaciones para la adaptación a las condiciones del trabajo exigidas por la producción, que en los países adelantados había creado una industria poderosa, el resultado será, añadía, la pobreza y oscuridad nacional.

(1) JUAN B. ALBERDI, *Luz del día en América*, La Facultad, Buenos Aires, 1916, pág. 238.

FACTORES DE NUESTRA CRISIS

Sumido nuestro pueblo en el desconcierto creado por una de las crisis más graves y complejas de los últimos tiempos, como que compromete la estabilidad de las instituciones y la paz de la Nación, preciso es detenerse a examinar la realidad nacional de esta hora, para establecer con claridad la naturaleza de los factores que concurren a crear este estado de cosas y fijar nuestra actitud.

Los factores negativos de progreso, que hoy gravitan sobre el país, unidos a una deficiente educación en materia política y social, a lo que se suman en muchos casos la ignorancia y la pobreza, van creando un peligroso escepticismo respecto de la eficacia de nuestras instituciones democráticas y también, doloroso es confesarlo, un debilitamiento de la convicción de que se debe ser honrado. Por ello debemos esforzarnos en adoptar una actitud que permita la más elevada y serena consideración de nuestros problemas y disponernos a realizar los sacrificios que sean necesarios para lograr una conveniente solución de los mismos, sacrificios que deben alcanzar a todos, sin excepción. Y en este esfuerzo hemos de obrar con inteligencia si queremos evitar que tendencias contrarias a la línea de superación Mayo-Caseros capitalicen a su favor el descontento y desorientación reinantes. Importa para esta superación saber, ubicarse en la época que vivimos y considerar los factores de diverso orden que hoy gravitan sobre la sociedad humana como resultado de las transformaciones operadas en las costumbres y modos de vivir de las gentes. Los cambios que a este respecto trae aparejados el progreso, y la crisis de ideas y sistemas que se observa deben ser tenidos muy en cuenta para la solución de las graves cuestiones del presente. No olvidemos que el hombre es, y debe ser, el protagonista y el destinatario de la civilización. Por lo que todo aquello que no propenda a su elevación y felicidad ha de ser desechado. Pero la elevación del hombre sólo es posible por su perfeccionamiento y a éste contribuye la educación,

que no es tal si solamente atiende a sus fines materiales utilitarios y prescinde de los valores morales.

El momento actual es difícil en todo el mundo, pero debemos ser optimistas porque nuestra civilización está en crisis de progreso y no en decadencia. "La quejumbre de decadencia que lloriquea en las páginas de tantos contemporáneos, ha dicho Ortega y Gasset (2) proviene de que fieles a una ideología periclitada, miran de la historia sólo la política o la cultura, y no advierten que todo eso es sólo la superficie de la historia; que la realidad histórica es, ante que eso y más hondo que eso, un puro afán de vivir, una potencia parecida a las cósmicas; no la misma, pero sí hermana de la que inquieta al mar, fecundiza a la fiera, pone flor en el árbol, hace temblar a la estrella".

Para una juiciosa apreciación de nuestra situación nacional es conveniente que empecemos por atenuar el estado de tensión que nos domina, relajar nuestras fibras nerviosas y hacer en lo posible abstracción de nuestros resentimientos y enconos. Así, serenado el espíritu, podremos dar claridad al discernimiento y alcanzar los frutos de un meditado examen de intención constructiva.

En momentos de peligro la patria nos exige hasta el sacrificio de nuestra vida. Hoy nos pide mucho menos: fundamentalmente nos demanda consideración de las causas profundas de la actual crisis, juicio para orientarnos hacia la reconstrucción nacional, coordinación y constancia en el esfuerzo para lograrla.

La solución de los problemas económicos, políticos y sociales que perturban la vida nacional es difícil, pero no debe dudarse que no hay otro camino para los sinceros intentos que obrar dentro de la constitucionalidad. Sabemos bien lo que significó al país cuando de ella nos apartaron gobiernos irregulares y golpes militares. Por dos veces gran número

(2) J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Colección Austral Espasa Calpe, Buenos Aires, 1947; pág. 63.

ro de civiles alentaron y facilitaron la preparación de esos golpes, creyendo que así se podría luego encauzar la República.

En 1930 se derrocó un gobierno al que se le había creado un ambiente desfavorable, cuando un pronunciamiento democrático podría haber dado la solución. Posteriormente, en 1943, la burla a la voluntad popular hizo reincidir en el error y esta vez con peores consecuencias. El mismo día de este último golpe militar, no se había aún difundido suficientemente la primera proclama cuando una segunda la contradecía, revelándonos el engaño en que habíamos caído y que debimos pagar con la afrenta de una dictadura, hasta que la Revolución Libertadora, de raigambre democrática, dio fin a ese período. La experiencia nos indica claramente que para la solución de los problemas nacionales no hay que salir de los carriles constitucionales, por maltrechos que se encuentren, porque peor es descarrilar.

VICIOS Y CORRUPTELAS

Factores hay de nuestra crisis cuya eliminación o atenuación de sus efectos es urgente, como son los factores económicos, problema del que se ocuparán otros capaces en la materia. Como el común de la gente yo se que dos concepciones opuestas luchan por imponerse: la libre empresa y la nacionalización de algunas industrias y servicios públicos, y que entre nosotros la experiencia habla mal de las dos. De la primera, por la venalidad operante en la obtención de algunas concesiones ventajosas; de la segunda, por las deficiencias de las empresas estatales debido a una política demagógica determinante de un exceso de empleados sin el necesario espíritu de laboriosidad. En ambas formas de realización se ha llegado a malos resultados, más que por la índole misma de los sistemas aplicados, por los vicios y fallas morales de quienes intervienen. Cuestión, pues, de conducta, de solvencia moral, de sentido de responsabilidad. La crisis económica que sufre el país es sumamente grave, precisamente por una irrespon-

sabilidad y egoísmo generalizados, que conspiran contra todo plan de reconstrucción económica, política y social.

Las exhortaciones, por sinceras e impresionantes que sean, y los planes por promisorios que parezcan, resultarán inoperantes si no hay empeño en corregir corruptelas y vicios hondamente arraigados, combatir el sensualismo y la deshonestidad, que todo lo desnaturaliza y corroe socavando los fundamentos mismos de la sociedad.

Las condignas sanciones a la inconducta son tan necesarias como alejados de ellas se ven hoy los que las merecen. Malo si no se castiga a los delincuentes, pero peor si iniciada una investigación de irregularidades, luego se la enerva y paraliza cuando está descubriendo demasiado. Nefasto resulta el observar el goce de fortunas mal habidas durante el desempeño de funciones oficiales. Tanta impudicia indigna, deprimiendo o exasperando a quienes sujetan su vida a normas éticas, mientras estimula a los inescrupulosos que siempre están esperando una oportunidad para aprovecharse de la impunidad, o de la debilidad de las sanciones.

Sucede siempre que al iniciarse un gobierno se habla de la adopción de severas medidas preventivas contra el enriquecimiento de funcionarios y se llegan a exigir declaraciones juradas de bienes cuya existencia y origen no se investigan en casos de obvia justificación, ni se utilizan luego las declaraciones para el fin que se exigieron. La opinión pública considera a estas medidas como una burla y atribuye la falta de rigor en su aplicación a una actitud de equívoca cautela.

El interés general exige de todos: gobierno, partidos políticos, fuerzas armadas, organizaciones gremiales y estudiantiles, cada uno en la esfera de sus actividades específicas, realismo y patriotismo en la consideración de la situación del país, rectificaciones si fueran necesarias, cooperación y sacrificio para superar la crisis general que sufrimos. Los argentinos sentimos por momentos que se agudiza nuestra angustia al advertir que la insatisfacción y la desorientación popular están llevándonos al caos o la dictadura.

No se mejorará el país derrocando gobiernos o conspirando contra ellos, porque el mal tiene causas más profundas y a ellas sólo se las puede atacar con éxito educando para la libertad, la austeridad y la solidaridad. El desarrollo de una democracia requiere paz, y ésta consiste, como la define Alberdi (3) en “la capacidad del país de entender, gobernar y desarrollar sus propios destinos, como sólo él puede apeteerlo y conseguirlo”.

EL RESPETO A LA LEY

La vida de una nación democrática depende del respeto a la ley, y el sincero respeto a la ley depende, a su vez, del hecho de haber nacido ésta del consentimiento y no de la coacción.

Paz y respeto a la ley no pueden ser sino frutos de la confianza ciudadana en que los gobernantes tratan sinceramente de satisfacer las legítimas aspiraciones y necesidades del pueblo.

Hay en este planteo de fondo, realismo y no utopía, porque como bien lo demuestra Huxley, los buenos fines sólo se pueden lograr usando medios adecuados y no otros.

Rasgo sobresaliente de la argentinidad es la devoción por la libertad, y la libertad es el fin de la democracia, sólo posible por medio de la cultura y de la solidaridad social que procura la emancipación para todos sin irritantes desigualdades, sin servidumbre para nadie. Pero hemos de tener presente que del mismo modo que no es admisible el predominio del interés individual en perjuicio del interés social, tampoco lo es el sometimiento a una tiránica organización estatal de la comunidad. Es deber del individuo contribuir al orden social pero sin renunciar a sus derechos esenciales ni abdicar de su libertad de pensamiento porque, además de ser ella un

(3) J. B. ALBERDI, *ob. cit.* pág. 277.

bien personal irrenunciable, constituye un factor voluntario de progreso social dado el aporte de iniciativas que puede ofrecer.

SOLIDARIDAD SOCIAL Y LIBERTAD INDIVIDUAL

La solidaridad social es coparticipación de todos directa o indirecta, en las ventajas y cargas de la sociedad, lo que puede lograrse solamente por efecto de una poderosa fuerza espiritual, fruto ésta de un apreciable nivel de desarrollo intelectual y moral, al que puede llevar una adecuada educación.

Como químico que soy, busco en los conocimientos de mi especialidad un símil de lo que debiera ser la solidaridad social, y lo encuentro en esas sólidas estructuras moleculares cuya cohesión no es resultado de rígidas ligaduras atómicas sino de resonancias determinantes de estructuras híbridas, en las que no domina ninguna de las estructuras posibles sino que todas ellas se manifiestan simultáneamente constituyendo una unidad dinámica y coherente. Así podría concebirse la solidaridad social: como una resonancia entre las exigencias sociales y las de la libertad individual, constituyendo ambas un binomio irreductible.

Poner obstáculos a la libertad de pensamiento y de expresión de las ideas, es perturbar el desenvolvimiento mental y moral de los individuos. Abstenerse de opinar por comodidad o prudencia, es subordinar los intereses de la verdad y de la razón a un mezquino interés personal. Pero usar la libertad para el lucro desmedido o para conspirar contra el régimen constitucional es inadmisibles, como también pretender que, so pretexto de defenderlo, se quiera imponer una única manera de pensar y de sentir, tanto peor si ella es anacrónica.

Si no se comprende y acepta que la libertad de pensamiento y de expresión promueve la evolución progresista del país, y, en cambio, actúan las suspicacias y las falsas y mal intencionadas imputaciones, se contribuye a crear un peligroso clima de conspiración.

Debe reconocerse, por otra parte, que si es censurable la libertad individual ejercida con egoísmo, también lo es que en nombre de la solidaridad, en un sector cualquiera, partido o gremio, se exija a sus miembros actitudes que signifiquen olvido de obligaciones patrióticas con el fin de obtener, por la coacción de masas, una ventaja política o económica.

El progreso implica dinamismo, renovación y responsabilidad. Una sana educación desprejuiciada, de base científica y fuerte contenido moral, es lo que puede hacer hombres libres, responsables, progresistas y con espíritu de asociación. Sarmiento tuvo esta notable preocupación, y consagró sus mejores afanes a la educación del pueblo para el goce austero de la libertad. Quienes conciben al hombre esclavizado hasta en el pensar, no le perdonan al gran sanjuanino su portentosa obra en favor de la emancipación por la cultura.

Pero la educación no se realiza solamente en el hogar y la escuela, por padres y maestros. También es fruto de la influencia permanente del ámbito social y del desarrollo mismo de la comunidad, resultando la actuación de los gobernantes beneficiosa si es ejemplo de virtudes cívicas y éticas, y perjudicial cuando no lo es.

Un factor favorable para la solidaridad en el esfuerzo constructivo es la conciencia de un peligro común. Y esta conciencia parece faltarnos en circunstancias tan apremiantes como las actuales. Cada partido o gremio, y diversos sectores de opinión, actúan irreductiblemente impulsados por particulares sentimientos o intereses.

La unidad del pueblo argentino es una necesidad que todos reconocemos. Pero no se llegará a ella por vía de los arreglos entre dirigentes. Por el contrario, debe ser fruto de una política popular de adhesión a un objetivo superior, como es la paz, el progreso y el bienestar general.

Sin un auténtico idealismo, sin fe en la causa que se dice servir, sin tener simpatía por el semejante, sin esperanza en nuestro destino, sin amor por la cultura y la justicia, no puede entenderse ni alcanzarse el verdadero progreso.

Hay, pues, que desarrollar la conciencia del peligro común, el deseo de unir al pueblo argentino por un objetivo inmediato, y la confianza en una sincera cooperación, y para ello preciso es que cada uno no espere que empiece otro.

Es el nuestro, un país pleno de posibilidades: grandes riquezas materiales y reconocidas aptitudes de sus habitantes para toda labor manual o intelectual. Pero la necesaria acción concurrente para superar la crisis que sufrimos se ve enervada por los efectos inhibidores de los factores que hemos señalado.

LA LINEA MAYO-CASEROS

La línea Mayo-Caseros con sentido y propósitos de superación es la que nos señala nuestra tradición y es la que puede llevar a la meta a todo pueblo amante de la libertad y del progreso. Apartarse del aspecto progresista de esa línea es caer en un extremismo que por reacción provoca el robustecimiento de otro extremismo opuesto, retardando con la consiguiente perturbación de la paz, el progreso del país. Son éstos tiempos de acción inteligente y organizada, la desunión y quietismo suicida de quienes coinciden en lo que de fundamental tiene la actitud que hemos expuesto, los entrega indefensos a un zamarreo entre extremistas.

Este planteo, genuinamente argentino, no es antirreligioso, ni anticapitalista, ni antiestatal.

Respetar la religión de cada cual, ve en el capital ajustado a la ley un factor de progreso, y considera al Estado como un necesario agente de poder del pueblo por cuyo bienestar debe velar. No considera a la moral prejuicio burgués, ni a la economía factor que pueda dejarse de tener en cuenta. Pero cada cosa en su ámbito, en su función y en su medida.

EL SESQUICENTENARIO DE MAYO

Está próxima la fecha en que ha de conmemorarse el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, fasto máximo y glo-

rioso de nuestra nacionalidad, que señaló su destino en la comunidad de los pueblos libres.

De su evocación esperamos que salga fortalecida nuestra fe en la libertad, robustecidas nuestras convicciones democráticas y retemplado nuestro ánimo para triunfar de las vicisitudes que nos afligen.

Cuando los argentinos se disponían a rememorar el primer centenario de Mayo, múltiples fueron las iniciativas en que se concretó el homenaje nacional: creación de escuelas, erección de monumentos recordatorios y de estatuas de próceres, realización de exposiciones, edición de libros importantes y muchas otras. Pero acaso el testimonio más elocuente del homenaje fue la creación del monumento a la Asamblea de 1813, la Magna Asamblea que estableció, con admirable decisión, los principios de nuestro régimen constitucional y las bases de nuestra soberanía que consagró más tarde, en forma definitiva, el Congreso de Tucumán.

La erección del monumento conmemorativo de tan magna Asamblea frente mismo a la sede del Congreso de la Nación, parece ubicarlo *ex profeso* para recordar a nuestros legisladores sus deberes para con el pueblo y el compromiso sagrado de respetar nuestro pasado histórico cuyas mejores expresiones cimentaron la grandeza espiritual y material de la Nación.

Pienso que el mejor homenaje que podemos rendir a la Revolución de Mayo en su sesquicentenario y a los próceres que la sirvieron con abnegación y sacrificio, es el de nuestro acatamiento a las instituciones de la República, ofrendando el sacrificio de nuestros intereses particulares o de grupo, a fin de contribuir a reestructurar la vida nacional en procura de días venturosos para todos.

JOSUE GOLLAN



ISLENA SENTADA
Dibujo de
Ricardo Supisiche

